

cuadrilátero de piedra, de celdas en ala, con sus escaleras y su corredor de hierro en la parte exterior.

Ese cuadrilátero queda como una gran caja dentro de la galera, sirviéndole en la parte exterior de salones y de tránsito á la vez.

El interior de las celdillas tiene el ancho de poco más de vara; yo me puse en las sienes las palmas de las manos, y tocaba con los codos los muros. El largo será de dos varas. En uno de los rincones hay una ironía de cama.

Todo lo demás del sepulcro es desmantelado: la luz le viene de la pieza exterior.

La puerta la forman barras de hierro, cubiertas de modo que solo queda un boquete para la respiracion de la fiera. Una gruesa barra de hierro asegura la puerta.

Parece que la prision es accidental y que en ella residen por vía de pena correccional; pero yo ví en las puertas papeles que indicaban la permanencia en aquellos nichos de panteon, de cinco ó seis meses, aunque esto no es comun.

Aquella soledad, aquellos muros, aquella escasa luz, me parecieron peores que la misma muerte.

Dicen que la prision no es solitaria, y en efecto, ese sistema está del todo abolido; pero lo existente es brutal, es salvaje; convierte en afectacion hipócrita el cuidado del pájaro y del niño y la institucion caritativa para los animales.

Y por más que repugne y que parezca increíble, se hace aquí la apología de los azotes de Delaware: hay Estados en que se sujeta al reo con un corbatin de hierro á la pared, y los ahorcados son comunes, habiendo en este acto sacrílego verdadero lujo de barbarie y de degradacion humana. ¡Qué vergüenza! qué humillacion! qué afrenta para el hombre el

de ese columpio infame desde el que parece que la barbarie en triunfo hace el apoteosis de la pena de muerte y desafia á la civilizacion y á la humanidad!

Hay veces que se tiene á los sentenciados meses enteros en expectativa del suplicio, y ántes de morir se les toma medida para el cajon en que los entierran.

Hace pocos dias hubo once ahorcados, y diremos algo de esta historia por la trascendencia que está teniendo.

Es el caso, que con motivo ó pretexto de la parálisis de los negocios, se habia hecho en varias negociaciones el rebajo de diez por ciento en los salarios, rebajo muy sensible, porque aquí son poderosas las necesidades del obrero. En varias fundiciones y fábricas, al mismo tiempo de amenguarse el salario, se aumentó el trabajo y en alguna se hizo notable el mal trato á los obreros.

Es de advertir que en este país hay sus imitaciones europeas, en cuanto á colisiones (*Trait d'union*), semejantes á las ligas inglesa y francesa que produjeron la internacional, y que entre las importaciones han tenido la de comunistas alborotadores y feroces, aunque con ménos éxito, por las condiciones de felicidad en que se encuentran los pueblos.

Los obreros de las fundiciones de Macburg (Pensylvania), protestaron y se levantaron contra la disminucion de sueldo y el aumento de trabajo; los dueños se opusieron, hubo desórdenes y asesinatos, y de resultas de ellos fueron condenados á muerte once obreros de los de mayor inteligencia y prestigio, que representaban en las colisiones.

Las ejecuciones se hicieron con todo el lujo de barbarie que hemos descrito, y estuvo al estallar una insurreccion

universal, porque operarios en el ferrocarril, fundidores, herreros, carboneros y toda esta especie de gremios, tienen poderosas ligas.

Al fin estalló la *huelga* en los caminos de fierro y minas de carbon de Macburg, Pittsburgo y toda Pensylvania; y como si hubieran sido regueros de pólvora los rieles, se propagó el incendio de una tremenda insurreccion.

Destrozáronse trenes de mercancías, incendiáronse wago-nes y se lanzaron ardiendo á los grandes depósitos; millares de hombres se precipitaban contra la fuerza armada que simpatizaba en algo para con los insurrectos, y el incendio, la matanza y el desencadenamiento de todo lo que hay de más feroz en el tumulto, se vió en grandes focos, y tiene, con razon, en alarma y en espanto á la sociedad entera.

El telégrafo, instante por instante, trasmite relaciones de horrores que vocean los muchachos.

En las mañanas, en las tardes, á deshora de la noche, los papeleros infatigables, van como con teas encendidas difundiendo la alarma.

Ayer 25 publicó *El Herald*, como encabezamiento de su periódico, con letras colosales como aquí se acostumbra, lo siguiente :

Un día de alto en la historia del derramamiento de sangre.

Alborotos en Siracusa, Albany, Chicago y San Luis.

El Nueva-York central en huelga.

Delaware, Lackwana y el Oeste se unen.

Extiéndese el alboroto en el Oeste.

Un tren con milicia detenido.

Efectos de la detencion de los fletes.

Escasez de carbon y fierro, fábricas cerradas en Pittsburgo.

La harina subiendo, los duraznos pudriéndose.

50,000 hombres próximos á lanzarse al tumulto.

Una voz para las fábricas.

Entrevista con el jefe Arturo, de la locomotiva de Brotherhood.

La situacion en Nueva-York.

Un gran "meeting" convocado por los comunistas.

Formidables precauciones para conservar el orden.

Ataque en San Francisco de alborotadores contra los chinos.

El texto de lo escrito corresponde á los rubros: cuéntanse por millones las pérdidas; y las hondas lacras, y los grandes elementos de vida de esta sociedad, se ponen de manifiesto en estas circunstancias formidables.

La preponderancia tiránica de los ricos que fungen en grandes Compañías, con intereses opuestos á los de la comunidad; aristocracia del peor género, que tuerce la marcha gubernativa y todo lo corrompe: los grandes errores económicos que reivindicán en un solo instante los principios de la ciencia, hacían combustible que estalla con la más leve chispa.

La cuestión del Sur solapada, pero cuyas causas subsisten enérgicas, irritadas por la tarifa, que no es sino una máquina de opresión del Sur, todo está en fermento y todo escribe con letras de fuego y de sangre, lecciones que no deberían desaprovechar los serviles admiradores de esta gran nación.

Y si hemos puesto delante de los ojos el reverso de la medalla, en el anverso figura *el imperturbable acatamiento á la ley y la fé en los principios.*

Anoche, en medio de la excitación universal, se verificó un *meeting* de comunistas: nadie pensó en que se estorbase á los ciudadanos pacíficos el ejercicio de su derecho. Se tomaron precauciones, y eso fué todo.

En cuanto á la fé en los principios, no se ha pensado en aumentar el ejército; no se ha pedido socorro á la fuerza para que salve á los menores de edad, como lo habríamos hecho nosotros. En Pittsburgo, los ciudadanos en masa se han armado; ellos acuden al peligro; se arman, vigilan, se muestran hombres, se bastan á sí mismos, á pesar de

las defecciones de algunos; y esto es ser pueblo, y pueblo grande y digno de la libertad.

Las vociferaciones de la prensa se valorizan por el buen sentido, alimentado por la instrucción universal, y los grupos de alborotadores pasan como compañías de cirqueros, en medio de la indiferencia de la gran masa que garantiza la paz.

En las fábricas, otra es la cuestión; pero con todo, no tenderá sus brazos la Comuna, no encenderá sus hogueras el petróleo, no recorrerá la internacional los pueblos, con su cortejo de furias del hambre.

Franceses, irlandeses y alemanes comunistas, vagos de todas las naciones, derraman en frío sus reminiscencias; y aunque la parálisis de los giros es una gran calamidad, se espera que sea la perturbación un mal pasajero, y se vuelven los ojos á los buenos principios para encontrar de una manera cierta la paz.

Yo tenía dispuesto mi viaje para el día de ayer. Los trastornos que acabó de referir me tienen como preso, devorando el fastidio.

—Todo eso que vd. escribe, me decía Doña Ambrosia los otros días, está muy bueno y á mí algunas cosas tal parece que las estoy mirando, sin quitarles pelo ni tamaño; pero convenga vd. en que se le va la mano en la miel cuando describe á las mujeres, y no es eso bueno, aunque la pique de galante.

—Pues yo no he visto nada de eso, dijo Adela, agitando su abanico y dejándose ir hácia adelante en su mecedora.

—Oh! si en esos cuadros de *Fidel*, las *ladies* son divinas: ¡qué airosas! ¡qué instruidas! ¡qué expeditas!

—Y no lo podemos negar, mamá; sorprende el número de mujeres hermosas; y si no, dé vd. una vueltecita por Broadway cualquier sábado, y deslumbra tanta elegancia y tanta hermosura.

—Todo estará muy bueno; pero vd. no ha pintado una mujer dándole el brazo al hombre y el hombre dejándose llevar, como no está en el orden; nunca ha dicho vd. que señoras que por tales pasan, alzan sus piés como cualquier macho y los ponen á la bartola miéntras leen su periódico; y en esto del abanico, se lo pegan como clavado en medio del pecho, y allí sacuden, sin aquel garbo ni aquel no sé qué de nuestra raza.

—Pero, mamá, esas son pequeñeces que no hay para qué mentar.

—Tampoco dice *Fidel*, continuó implacable Doña Ambrosia, que mucha de esa suelta y de esa libertad de los niños, depende de que no los soportan dentro de las casas, en donde acaban con las alfombras y hacen guerra á los muebles y al aseo; hay muchos *bordings* en que no se admiten á los huéspedes con hijos: sobre todo, mal se avienen esos chiqueos con señoras que andan en la calle.

—Está muy bien: podrá suceder lo que vd. dice, mamá, replicó Adela; pero pierde de vista aquí á los muchos aventureros y gente ordinaria, que hace cosas que les achacan á los extranjeros, como por ejemplo eso de la bebida. Bebe más siempre un irlandés que dos yankees: si no, vea vd. ese vecino.

El vecino es un propietario que pasaba casi en paños me-

nores y sin sombrero, con su inmensa jarra en la mano, y de varias casas salian gentes con jarrones semejantes, como en procesion, por el *Leager Ber*.

—Espanta lo que se bebe aquí diariamente: D. Pedro tiene pruebas, por esos libros que él lee día y noche, que este es el país del mundo en que se bebe más.

Estábamos entretenidos en esta plática, cuando llegó D. Ramon trayendo las noticias últimas del telégrafo: eran las diez de la noche.

—En Chicago, nos dijo, los huelguistas hicieron un grande empuje para entregarse á los mismos desórdenes que en otras partes. La fuerza federal tomó parte: reforzaron las filas de los insurrectos hasta en número de diez mil, que se abalanzaron sobre la tropa. Esta hizo jugar la artillería, y han corrido rios de sangre entre montones de cadáveres. Se cree que la chusma sucumbirá y todo quedará en paz.

—Ya vd. sabrá del *meeting* de anoche; hizo fiasco, como lo preveíamos: se reunieron ménos de mil personas. Aquí todo el mundo puede gritar “¡viva!” los “muera” se reprimen. Anoche, al primero y único “muera,” sacaron sus cuellos cuatro ametralladoras, y se acabó el desorden.

A todos los edificios públicos se dió la orden de que tuvieran en las calderas agua hirviendo, para lanzarla á chorros sobre los amotinados.

—Eso habria sido espantoso, observó Adela horrorizada.

Es muy difícil, sobre todo para un extranjero que no conoce sino superficialmente y como de paso esta sociedad, desentrañar las causas que ocasionan las perturbaciones for-

midables que está produciendo la situación de las clases obreras.

La cuestión cae, por la naturaleza de las cosas, bajo el dominio de una crítica parcial, en que los partidarios de la libertad y los proteccionistas se inculpan recíprocamente y acaban por encerrarse con obstinación en sus opiniones intransigentes.

Es cierto que se ven en las huelgas de los trabajadores y en la organización de los obreros tentativas de imitación europea; pero las condiciones sociales son tan distintas y son tan ilustrados los mismos obreros, que ellos en su educación tienen el correctivo de males que en Europa son de trascendencia funestísima.

La falta de reciprocidad en los cambios, provocada por el arancel protector, deja sin salida los efectos que produce el país, y eso determina la parálisis de las fábricas y la baja de salarios: ambos males causan la huelga y la miseria.

La educación y el hábito de igualdad han propagado mucho el trabajo por participación, es decir, el participio del obrero en las ganancias del capitalista, elemento poderoso de la conciliación del capitalista y el obrero.

La baratura de los transportes y lo movedido de la familia americana, hacen que cambie con facilidad de domicilio, en busca de mejor fortuna. Sobre todo, las cajas de ahorro y el gran número de propietarios agricultores, enfrenan la revuelta y dejan en minoría a los perturbadores del orden.

A la noticia de las huelgas del Sur, se llenaron los cuarteles de la guardia nacional, las tropas estaban listas, se ofrecieron al Presidente de parte de algunos Estados del Sur, más de cien mil hombres, y los propios obreros se pu-

sieron del lado de los conservadores de la tranquilidad pública.

Las concesiones constantes que hace la legislación aduanera; la riqueza del Sur, que se reintegra en su esplendor antiguo; los intereses comerciales del Oeste, producirán irresistibles efectos en favor de la libertad, y sucumbirá ese sistema prohibitivo, plagio infeliz de List, fomentado por insaciables especuladores, que son las primeras víctimas en las insurrecciones de los obreros.

Algunos de los hijos de Pelayo son deliciosos para esto de juzgar las cuestiones sociales de los americanos.

Decía uno de ellos:

—Todo lo que vdes. ven, es porque a estos judíos no les entra una idea nueva, ni a mazazos: todos ellos están encastillados en su rutina.

—¿Pero qué rutina es esa? le preguntaron.

—¿Cómo qué rutina, hombre? la rutina de hacer dinero, que no se las saca vd. de la cabeza ni con tirabuzón, ni con una yunta de bueyes. . . .

En el momento que el Norte modifique un poco la rutina de que habla el *gachupin*, las cosas se compondrán.

Al volver al hotel, Francisco trazaba en el plano nuestro largo camino.

En el suelo había baúles abiertos, papeles regados y todos los anuncios del próximo viaje. . . .

El calor ha sido espantoso: el termómetro ha llegado a marcar 95 grados. Esa debe ser la temperatura de la boca del infierno.